

pasados abrazaron esta Religion en el Leotong, que es el pais de nuestra procedencia; y nosotros, así como ellos, conocemos que es la verdadera Religion, única que se debe profesar, y en ella permanecemos firmes y constantes.

Los mandarines del tribunal amaban al declarante, y no pudieron menos de decirle: «¿En qué pensais? Vos mismo correis á vuestra ruina, esperad que os busquen y entonces será ocasion de manifestaros.» — «A mi pesar, replicó Ma, he dado este paso; pero me he visto precisado á darle.» En vista de esto le condujeron al primer ministro, gefe del tribunal. El conde ministro conocia á Ma y le recibió afectuosamente; mas al verle tan constante, mandó le examinaran. A fin de poder salvarle no se deseaba sino que dijera una palabra ambigua; mas en vano dieron vueltas en todos sentidos: midiendo el declarante con la mayor atencion sus palabras, no soltó ni una sola que pudiese poner en duda la sinceridad de su fé. Tal firmeza irritó insensiblemente á los jueces: el hijo del ministro, que era el gobernador de Pekin, se acaloró mas que los otros y preguntó bruscamente á Ma: «En fin, si el emperador os manda cambiar de Religion, ¿qué hareis?» — «Obedecer á Dios,» respondió el cristiano. Irritado el jóven gobernador con estas palabras, enmudeció de cólera. En el acto fué á contárselo á su padre, que presentó un memorial al emperador suplicándole entregase la persona de Ma al tribunal del crimen. El emperador prefirió que fuese puesto á disposicion del tribunal de los ministros y próceres del reino, para que volviessen á examinarle é interrogarle de nuevo, creyendo que la magestad de aquel tribunal impondria al acusado y le seria á este difícil resistir á las instancias de todo lo mas illustre que habia en el imperio. Pero Ma se sostuvo con un valor que causó admiracion á sus jueces, y les quitó la esperanza de poderle vencer. Al dia siguiente presentaron este memorial al emperador: «Obe-

deciendo á las órdenes de V. M., hemos hecho comparecer á Ma, y le hemos dicho: «Si os avenís á dejar vuestra Religion, el emperador os concederá el gran beneficio de libraros de toda persecucion y os mantendrá en vuestros empleos.» Pero Ma ha respondido: «Yo no tenia mas que diez y nueve años, cuando hallándome todavia en mi pais, al otro lado de la gran muralla, un tal Na-langgo persuadió á mi abuelo abrazase la Religion cristiana. Mi padre siguió su ejemplo y yo el de mi padre. Al recibir el santo bautismo hice voto de morir antes que renunciar al Dios del cielo, al emperador y á mis padres. En los diez y ocho años que llevo de residencia en Pekin, aunque constantemente ocupado en diversos mandarinatos, no he dejado de acudir de cuando en cuando á los templos del Dios del cielo. He leído en todos tres inscripciones puestas por la propia mano del emperador Kang-li. La del medio contiene estas cuatro letras: «Al verdadero principio de todos los seres.» Las laterales dicen: «Despues de haber sacado de la nada todo cuanto puede afectar á nuestros sentidos, lo conserva y preside soberanamente: él es la fuente de toda justicia y de toda virtud; en él reside el soberano poder de ilustrarnos y socorrernos etc...» Tal es el Dios de los cristianos: estos son nuestros compromisos y yo no puedo faltar á ellos.» Esto es lo que ha respondido Ma á cuantos esfuerzos hemos hecho nosotros como vasallos de V. M. por atraer este mandarin al respeto de vuestras leyes; empero es en vano: él se obstina en no querer abrir los ojos, y su conducta presenta algo de incomprendible. V. M. se convencerá de ello por el resultado del interrogatorio, que original tenemos el honor de elevar á manos de V. M.» El emperador contestó: «Póngase á Ma, despues de degradado, á disposicion del tribunal del crimen.»

En virtud de esta orden, despojaron á Ma de su dignidad, y cargado de cadenas le llevaron al

tribunal del crimen en un carro sin toldo. Así es como un prefecto de policia de la capital, individuo de uno de los seis grandes tribunales del reino y caracterizado con el grado de coronel en una de las ocho banderas, fué dado en espectáculo de terror al público, únicamente por la Religion. Amenazas, solicitudes, insultos, promesas, de todo echaron mano para conmovirlo; pero en vano, Ma no se desmintió jamás. Sin embargo, su constancia comenzaba á dar en qué pensar á los ministros, porque les iba al menos su fortuna si no lograban hacer se respetase la orden del emperador, que nunca debia dejarse de cumplir; así que iban á menudo al Li-pou. Cierta dia, uno de los ministros, dijo que haria aplicar á Ma un tormento cruel. «Veremos, dijo, si los tormentos alcanzan mas que nuestras palabras.» — «Está visto que no lo entendeis, replicó el conde; es inútil apremiarle á que renuncie á su Religion, porque al fin no renunciará á ella.» Dejadme obrar.» Y luego, dirigiéndose á Ma, le dijo: «Habeis ofendido al emperador; ¿no os arrepentís? ¿No prometéis corregiros de vuestras faltas pasadas?» — «Sí, respondió Ma; pero no me es dado salir de la Religion cristiana, ni renunciar á Dios.» Esta contestacion sacó de apuros al primer ministro; pero mancilló por lo menos ante los hombres la gloria que Ma tan justamente se habia adquirido hasta entonces. El primer ministro, contrayéndose á la primera parte de la contestacion, dijo en el tono festivo que le era familiar: «Sé yo lo que piensa Ma mejor que él mismo. Respetad las órdenes del emperador, quiere corregirse; todo está dicho. ¿Qué mas necesitamos?» En vano fué que Ma protestase que nunca dejaria de ser cristiano; el ministro hizo como que no le oia y fué á dar cuenta al emperador, quien de allí á unos dias mandó publicar esta orden en el ejército. «La resistencia que Ma ha opuesto á mi voluntad, merece un singular castigo: convenia tratarle como criminal; mas como el temor le ha

abierto al fin los ojos y hecho salir de la Religion cristiana, yo he venido en perdonarle, y hasta es mi voluntad que sea mandarin del titulo de Cheon-peí. Respétese esta orden.»

El ejército de la China se compone de ocho banderas; cada una de las cuales puede tener treinta ó cuarenta mil hombres aguerridos y dispuestos á ponerse en movimiento á la primera señal. El asunto de Ma provocó una viva persecucion en algunas de estas banderas ó divisiones; cayendo los primeros golpes sobre la familia de Tehe-ou. Su gefe, llamado Lorenzo, era un hombre de sesenta y dos años, que en una ocasion análoga, ocurrida treinta años antes, se habia distinguido y esperaba demostrar no menos valor en las actuales circunstancias; mas no podia imaginar las duras pruebas á que iban á poner su constancia. Tenia un hijo llamado Juan, jóven estremadamente amable y tal vez demasiado querido por parte de su anciano padre.

Los dos fueron citados ante el tribunal. Los mandarines al ver á Lorenzo dijeron: «Ya conocemos á este hombre; el mayor gusto que podríamos darle era condenarle á muerte.» Despues se dirigieron al hijo y le dijeron: «El emperador manda que renunciéis á vuestra Religion. ¿Renunciáis? ¿sí, ó no?» — «No renuncio,» respondió el jóven. En el acto se lanzaron sobre él unos esbirros, y sujetándole despues de echado en tierra, uno por los hombros y otro por las piernas, le descargó un verdugo veinte y siete golpes con un látigo tartaro. Tan vivo fué el dolor que le causaron los tres primeros latigazos, que temió no poder sufrir por mas tiempo tan rudo combate; mas habiendo acudido á Dios en el fondo de su alma conoció que sus fuerzas y valor se habian robustecido. Al dia siguiente pasó á ver á los misioneros con un aire lleno de satisfaccion. Estos se abalanzaron á su cuello para darle un abrazo, y el jóven derramó lágrimas de ternura. «¡Ah! cuánto temo, les

»dijo, que no voy á tener fuerzas para soste-
 »ner los tormentos! Los PP. le animaron lo
 mejor que les fué posible, y le prometieron
 todo el auxilio de sus oraciones: comulgó en
 su iglesia, y despues de haber recibido la
 bendicion de los PP., marchó por segunda vez
 con ánimo sereno al lugar del combate. Loren-
 zo recibió por de pronto cincuenta y cuatro
 latigazos en dos tiempos, y al hijo no le dieron
 mas que tres, y se detuvieron. Este jóven
 cristiano, que antes temia no tener suficiente
 valor para sufrir, temió desde aquel momento
 que no se le ofreceria ocasion de sufrir bastante,
 y recibió ademas veinte y siete latigazos. La ter-
 cera vez que compareció ante el tribunal fué dia
 de grandes sufrimientos, y tambien el desu triunfo.
 Hé aqui cómo él mismo refiere este suceso
 en una carta: «Asi que me presenté, me pre-
 »guntó el mandarin si renunciaba ó no á la
 »Religion cristiana: yo respondí como de cos-
 »tumbre que no: diéronme veinte y siete latis-
 »gazos. Repitieron cuatro veces la misma pregun-
 »ta, y en vista de mis reiteradas negativas,
 »aplicáronme á cada una otros veinte y siete la-
 »tigazos, relevándose cada vez los verdugos.
 »Viendo que los latigazos no doblegaban la
 »constancia que el Señor me inspiraba, mi
 »mandarin me tuvo de rodillas media hora
 »sobre unos cascacos de porcelana, diciéndome:
 »Si te mueves, si dejas escapar la menor
 »queja, será señal de que has apostatado.
 »Yo le dejaba decir y me unia á Dios; con
 »las manos cruzadas invocaba el santo nombre
 »de Jesus y María. Volviéronme á golpear
 »otras cuatro veces, y por último sentí que
 »mis fuerzas flaqueaban, sentíme bañado de
 »un sudor frio, y caí en desfallecimiento. Los
 »que estaban á mi alrededor se aprovecharon
 »de aquel momento, apoderáronse de mi mano
 »y trazaron mi nombre al pie de una cédula
 »de apostasia. No dejé yo de conocer la vio-
 »lencia que conmigo ejercian; pero en aquel
 »momento no tenia fuerzas ni aun para que-
 »jarme. Asi que me repuse algo, protesté que

»no tenia parte ninguna en aquella firma;
 »que la abominaba; que yo era cristiano y
 »que no dejaria de serlo hasta la muerte.
 »Volviéronme á poner sobre los fragmentos
 »de porcelana; pero no permanecí mucho
 »tiempo en aquella postura. Viendo mi oficial,
 »que las fuerzas me abandonaban, mandó que
 »me sacaran fuera del tribunal. Entonces me
 »creí obligado á volver á repetir mi profesion
 »de fé, y dije en alta voz que era cristiano y
 »lo seria hasta la muerte. Tan lamentable
 era el estado en que tales suplicios habian de-
 jado al jóven, que los mismos paganos se en-
 ternecian hasta llorar, y el mismo hijo del
 mandarin fué á buscar una medicina que le
 hizo bastante bien. Ya no era posible volverle
 á atormentar sin quitarle la vida. Sin embargo,
 el jóven no queria que sus parientes ni ami-
 gos le compadeciesen; permanecia tranquilo,
 alegre, sereno, y gracias á la divina Provi-
 dencia, en menos de un mes pudo ya ir á la
 iglesia á dar gracias á Dios. En su carta, como
 acaba de verse, no habla de su padre, que
 tambien habia sido azotado varias veces sin
 dar la menor señal de debilidad. Pero el an-
 ciano no pudo resistir á los crueles tratamien-
 tos que daban á su hijo, y cada latigazo des-
 cargado sobre este, iba á lacerar el corazon
 del padre. Vencido al fin por una fatal ternura,
 sucumbió desgraciadamente, sin considerar
 que su caída iba á ser el mas cruel suplicio
 de su hijo.

Por todas partes no se hablaba mas que
 de cristianos azotados y maltratados de todos
 los modos posibles por mantenerse firmes en
 la Religion. Un soldado jóven, llamado Ouang-
 Miguel, tuvo que sufrir el mismo martirio que
 el jóven Juan. Otro llamado Tchou-José fué
 amarrado á una columna, cabeza abajo y la
 mitad del cuerpo sobre el hielo. Ly Matias
 fué azotado hasta que perdió el conocimien-
 to, etc. Otro lance sucedió que hace estreme-
 cer. Dos jóvenes, estremadamente amables y
 buenos cristianos, fueron citados ante su mar-

darin, á quien con la mayor modestia respon-
 dieron: que respetaban la órden del empera-
 dor; que moririan contentos si así lo mandaba;
 pero que no les era posible renunciar á su fé.
 El mandarin, que por una parte los amaba, y
 por otra no era de carácter violento, los des-
 pidió sin maltratarlos. Volvianse los jóvenes con
 el corazon lleno de aquella dulce satisfaccion,
 que por lo regular se siente cuando se ha conser-
 vado ileso la fé en medio de los mayores peligros,
 entraron en su casa, y vieron que estaba llena
 de gente. Su madre se abalanzó á ellos con un
 puñal en la mano y les dijo: «Veo, hijos míos,
 »que os habeis propuesto ser mártires para ir
 »al cielo, asi como á mí se me ha puesto en la
 »cabeza ir al infierno.» Asi diciendolo les apli-
 có el puñal al cuello, y amenazó hundírselo en
 el acto si no firmaban un papel que los idóla-
 tras acababan de escribir. Los niños, en aquel
 momento de turbacion pusieron su firma, y
 luego llenos de desolacion lloraron amarga-
 mente, hasta que por medio de una peniten-
 cia pública merecieron volver á ingresar en
 el gremio de la Iglesia. A todo esto la perse-
 cucion fué amansando su fuerza, y los cristia-
 nos empezaron á gozar de la tranquilidad po-
 sible en el centro de la idolatría.

El P. Gibot escribia el 3 de noviembre
 de 1771 desde Pekin, que se habia consegui-
 do manciillar de tal modo la reputacion de los
 misioneros en el concepto de los infieles, que
 hubieran sido espulsados todos á no ser por la
 proteccion del emperador que, conociendo la
 falsedad de las acusaciones que contra ellos se
 hacian, fundó su gloria en defenderlos y con-
 servarlos en sus Estados. Dios, que tiene en su
 mano el corazon de los reyes, le habia dado
 esta favorable inclinacion. Además del singu-
 lar afecto que la familia reinante habia pro-
 fesado á los misioneros, el emperador se in-
 clinaba á ellos: 1.º, por costumbre adquirida
 desde la infancia, pues su abuelo Kang-Hi,
 que le amaba ciegame, queria tenerle siempre
 á su lado cuando se dignaba admitir en su córte

á los europeos, ó recibir los regalos que estos le
 hacian; 2.º Su ayo habia profesado el mayor res-
 peto á nuestra santa Religion, y habia conseguido
 inspirarle una idea tan exacta acerca de ella.
 que la primera obra publicada por el empera-
 dor, no era, por decirlo así, mas que un tegido
 de máximas y principios que suponian en
 este monarca un conocimiento de los mas es-
 tensos y verdaderos acerca de la Religion na-
 tural; 3.º Como el príncipe tenia una aficion
 singular á la pintura, así que ocupó el trono,
 trató de tener á su lado al hermano Castiglio-
 ne, complaciéndose en llamarse discípulo suyo
 y pasar varias horas del dia en su compañía;
 4.º Los europeos habian contribuido mucho á
 desarrollar, cuando era niño, sus buenas cua-
 lidades; 5.º Este príncipe habia llegado á co-
 nocer que los acusadores de los misioneros le
 engañaban; que Neoi-kong, su primer minis-
 tro, los habia calumniado; que muchos ha-
 bian sido perseguidos y condenados á muerte
 injustamente; y en fin, que sus enemigos es-
 taban resueltos á perderlos á todo trance. Sin
 embargo, aparentando haber creído las inju-
 rias que contra ellos se decian, mandó exami-
 nar su conducta, y despues de haberse asegu-
 rado de su inocencia, hizo que se les dijera
 que nada tenían ya que temer, y en efecto,
 tan prevenido estaba en favor suyo, que los
 enemigos de los PP. de Pekin, de Macao y
 de Canton, perdieron del todo su influencia en
 la córte.

Sin embargo, aunque la Religion católica
 fuese tolerada en el imperio, los cristianos
 no por eso dejaban de tener algo que sufrir,
 y á pesar de la proteccion que el emperador
 dispensaba á los misioneros, sucedia casi siem-
 pre que los indígenas que se convertian se
 hallaban en el caso de tener que perder sus
 empleos, sus honores ó su fortuna. Duran-
 te la persecucion de 1771 apareció un edic-
 to, que condenaba la Religion como contra-
 ria á las leyes del imperio, asegurando al
 mismo tiempo que ella no tenia nada de falso ni

de malo. Tan convencido se hallaban de ello los grandes, los ministros y el emperador, que á nadie quisieron condenar á muerte, y solo trataron de intimidar á los cristianos. Asi es que habiéndose presentado un jóven neófito á un mandarin, enemigo jurado de la Religion, pidiendo se diese la muerte á él, á su muger y á su hijo, que entonces apenas tendria un año de edad, fué despedido y considerado como demente. Los neófitos iban al templo á las horas de costumbre, y las autoridades aparentaban no saberlo; aquellos que habian tenido la desgracia de apostatar eran puestos en pública penitencia, y tambien se aparentaba ignorarlo. Habiéndose un mandarin denunciado á sí mismo, se contentó el emperador con enviarle tres ministros suyos para que tratasen de ver si conseguian que renunciara á la Religion. Estos emplearon promesas, halagos y amenazas; pero todo inútilmente. El mandarin protestó constantemente ser cristiano, y que en todo obedeceria sumisamente al emperador, menos en lo que fuese contrario á su conciencia. Viendo que nada podian conseguir, le dejaron libre, por cuya razon pudo proseguir frecuentando el templo y viviendo como buen cristiano. La persecucion concluyó por una asamblea general de los oficiales de policía, convocada por el gobernador de la ciudad, en la cual se decidió que nada habia que vituperar en los cristianos, y que por lo tanto cesase la persecucion. Bien considerado todo esto, no puede uno menos de llenarse de temor por la suerte que debe caber á un pueblo que ve la luz y le vuelve la espalda. Para explicar bien algunos rasgos que euestan trabajo de comprender en la *Historia Eclesiástica*, diremos, que al mismo tiempo que el gobierno se ocupaba en tan importante asunto, cerraba los ojos sobre las crueldades que algunos gefes de bandera ejercian en súbditos suyos, para obligarlos á renunciar á la fé, y sobre los atroces tormentos que se hacian sufrir á los aldeanos de las inmediaciones de

Pekin. Contra estos habian los perseguidores reunido al parecer todos sus esfuerzos; y sin embargo, cuando sacaban de los calabozos á aquellos cristianos, tenían buen cuidado de exigir al que se encargaba de ellos un certificado del estado de su salud, pues si hubiese llegado el caso de morir en la prision, el mandarin á cuyo cargo estaban, hubiera sido exonerado y castigado en el acto.

A esta breve reseña del estado de la Religion en el imperio chino, añadiremos algunas palabras por lo tocante á la provincia de Tong-King. En este país cuatro jesuitas habian sufrido en 1737 la muerte por la fé. Doce años despues de esta fecha empezó la persecucion á irse amansando progresivamente. Varios misioneros se aprovecharon de este intermedio para volver á entrar en aquel reino, donde en realidad habia muchos cristianos. Estos nuevos obreros hicieron nuevas conquistas, y permanecieron bastante tranquilos hasta 1773. Mas en 5 de agosto de este año, habiendo ido un Padre dominico español, llamado Castañeda, á visitar de día un enfermo, tuvo la desgracia de ser visto por un pagano que le arrestó y confiscó todos sus efectos religiosos. El gobernador de la poblacion le mandó conducir á su presencia y permanecer arrestado. Este gobernador era un entuero entregado á los placeres y cuya vida desahogada le ocasionaba grandes gastos: exigió pues una suma considerable por el rescate del misionero. Viendo que los cristianos no se presentaban á rescatarle, fué bajando de precio gradualmente; pero tambien fué en vano; por lo cual, ciego de cólera, mandó encerrar al misionero en una jaula donde apenas podia moverse, y de este modo lo dejó expuesto á los rayos del sol, que en aquel país es verdaderamente abrasador. Asi esperaba atraer á los cristianos á entrar en proposiciones; pero estos no creyeron sin duda que fuese conveniente halagar la codicia de sus perseguidores. Viendo el mandarin frustrada

de aquel modo sus esperanzas, mandó hacer nuevas pesquisas, y en 3 de octubre fué preso otro dominico tunkino, llamado Vicente Liem, que sufrió tambien la misma suerte de ser encerrado en una jaula.

A todo esto, viendo el mandarin que ni aun así podia satisfacer su codicia, dió parte al rey, diciendo que los PP. eran gefes de una revolucion; que tenían en su poder armas, y estaban á punto de causar un trastorno en todo el reino: el rey se enfureció al saber semejante noticia, y mandó que se le presentaran los presos. Fueron, pues, los dos misioneros, mas pacíficos que unos corderos, conducidos el 27 de octubre dentro de sus jaulas á la capital del reino. El rey interrogó personalmente al misionero español; pero exclusivamente sobre puntos de Religion, sin hablar nada de rebelion ni de complot contra el gobierno. En seguida pasaron los dos confesores á la presencia de la reina madre, la cual se dirigió al P. tunkino y le preguntó qué suerte estaba reservada en la otra vida á los que no creyeran la doctrina que él enseñaba. El P. Vicente, con una santa libertad evangélica, la respondió que no podrian evitar los eternos suplicios del infierno. La reina, que profesaba gran afecto á sus ídolos, llevando muy á mal aquella contestacion, mandó que se les volviera á meter en sus jaulas y se les pusiese unos grillos. Lleváronlos nuevamente á la prision, y ellos prosiguieron predicando el Evangelio con mas fervor que nunca. El rey escribió con su propia mano la sentencia de muerte, y la remitió á su Consejo con orden de que se firmara y se ejecutara en el acto. Tres grandes mandarines, de los cuales dos eran cristianos, viendo que aquella sentencia no era motivada mas que por el supuesto crimen de rebelion, de que no habia prueba alguna, se negaron á firmarla. Esta valerosa oposicion produjo en el Consejo una discusion que duró tres dias, y si esta discusion no pudo salvar la vida á los acusados, por lo

menos sirvió para probar que no eran gefes de sediciosos, sino predicadores de la Religion cristiana, como ellos mismos lo confesaba.

El 7 de noviembre se presentó en la prision el juez criminal, escoltado de tropa armada, y seguido de una inmensa multitud así de cristianos como de gentiles. Sacaron de ella las dos jaulas, y las trasportaron á una gran plaza fuera del recinto de la poblacion. Allí el juez, sentado sobre una especie de tribunal colocado sobre un elefante, y puestos los soldados en disposicion de contener á la multitud de espectadores, sacaron de las jaulas á los misioneros, hicieronles sentar en tierra, amarráronlos á un poste por las rodillas, y desnudáronles hasta la cintura; en seguida les cortaron el cabello, y haciéndoles mantener la cabeza y las espaldas erguidas, les leyeron la sentencia, y por último á una señal convenida les cortaron la cabeza los verdugos. En e acto los cristianos, despojándose de todo temor, rompieron por la muchedumbre, recogieron respetuosamente las cabezas de los dos mártires, regaron con sus lágrimas los dos cadáveres, y trasportaron aquellas preciosas reliquias á una aldea distante donde se celebraron las exequias de aquellos gloriosos atletas de Jesucristo con toda la solemnidad compatible con las circunstancias. Viendo el mandarin, que habia presidido á la ejecucion, que su comitiva se habia disminuido notablemente, volvió al sitio donde se habia consumado el sacrificio, y vió que entre los cristianos ocupados en tributar piadosos obsequios á los mártires, figuraban no pocas personas de distincion por sus riquezas ó dignidades, y entre ellos tres porta-sombrillas del rey. Al momento avisó al príncipe de lo que acababa de ver, y este arrebatado de cólera, mandó que se procediese al arresto de todos los sacerdotes tunkinos y europeos con ánimo de condenarlos á muerte: asimismo mandó que se obligara á todos los cristianos á abjurar su Religion; que los templos se demolicieran, con-